



V DOMINGO DE PASCUA

15 de mayo de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo....

R/ Amén.

El Dios de la vida, que ha resucitado a Jesucristo, rompiendo las ataduras de la muerte, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

¡Buenos días a todos! Después del domingo pasado, domingo del Buen Pastor, la Iglesia nos invita a meditar sobre la gran enseñanza que Cristo deja a sus discípulos y que les hace capaces de realizar la tarea apostólica abriendo a los gentiles la puerta de la fe. Lo importante es el testimonio del amor mutuo que es como el motor escondido que nos impulsa a poner por obra la fe que profesamos. También recordamos hoy, en esta fecha un santo madrileño: San Isidro Labrador, un santo pero también un agricultor. Qué bueno que unidos a la Pascua del Resucitado y a este santo, nos unamos en oración por los agricultores, los que trabajan la tierra y el cuidado de los campos.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Confiado en el Señor, pedimos su ayuda:

- Tú que has dejado a los apóstoles el mandamiento del amor,

R/ Señor, ten piedad.

- Tú que nos envías a predicar tu palabra hasta los confines del mundo y en nuestros ambientes,

R/ Cristo, ten piedad.

- Tú que sigues guiando tu Iglesia por medio de santos pastores,

R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**



GLORIA

GLORIA a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, lleva a su pleno cumplimiento en nosotros el Misterio Pascual, para que, quienes, por tu bondad, han sido renovados en el santo bautismo, den frutos abundantes con tu ayuda y protección y lleguen a los gozos de la vida eterna.
Por Jesucristo, Nuestro Señor.
R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (14, 21b-27)

En aquellos días, Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que hay que pasar mucho para entrar en el reino de Dios. En cada Iglesia designaban presbíteros, oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor, en quien habían creído. Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia. Predicaron en Perge, bajaron a Atalía y allí se embarcaron para Antioquía, de donde los habían enviado, con la gracia de Dios, a la misión que acababan de cumplir. Al llegar, reunieron a la Iglesia, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe.
Palabra de Dios. R/ Te alabamos, Señor.



Salmo responsorial Sal 144, 8-9.10-11.12-13ab

R. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey.

Explicando tus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado. Tu reinado es un reinado perpetuo, tu gobierno va de edad en edad.

R/. Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey.

Segunda lectura

Lectura del libro del Apocalipsis (21, 1-5a)

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: «Ésta es la morada de Dios con los hombres: acamparé entre ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado.» Y el que estaba sentado en el trono dijo: «Todo lo hago nuevo.»

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Juan (13, 31-33a.34-35)

Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros.»

Palabra del Señor. R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.



Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

V DOMINGO DE PASCUA – CICLO C - JUAN (13, 31-33a.34-35)

El domingo pasado contemplábamos a Jesús como “buen pastor” y agradecíamos el pertenecer a su pueblo y ser ovejas de su rebaño. En este domingo, contemplamos a las comunidades de la Iglesia, en sus primeros años, que crecen por la fuerza misteriosa del Espíritu Santo. Se puede decir que éste es el “domingo de los ministerios”. En la primera lectura, el autor de los Hechos de los Apóstoles hace un resumen de la actividad apostólica de Pablo y Bernabé por diversos lugares de Asia Menor y deja constancia de que en aquellas comunidades de cristianos, que vivían como forasteros en la tierra extraña de un mundo pagano, fueron instituyendo responsables o ministros que se cuidasen de los que habían creído y los reunieran para la oración común y la celebración, y para alcanzar un mejor conocimiento del Evangelio. Así fue como, a finales del siglo primero, el ministerio pastoral (lo que hoy son los sacerdotes, los diáconos, los animadores de la comunidad y otros servidores) ya existían en la Iglesia.

Las últimas líneas de esa primera lectura son muy estimulantes; en ellas se afirma que, cuando Pablo y Bernabé regresaron a Antioquía de Pisidia, donde vivía la comunidad que los había enviado, «la reunieron, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe», a pesar de que su predicación comenzó mal y con muchas dificultades, como escuchábamos el domingo pasado. Al recordar todo esto, recuperamos la convicción de que la evangelización es un don de Dios, porque si no es el Señor quien construye la casa, los albañiles trabajarán en vano. Tal vez sea nuestro excesivo protagonismo el que nos lleva a pensar que el fruto de la evangelización se debe a nosotros; este afán de protagonismo vuelve estériles nuestros esfuerzos y, cuando palpamos los fracasos, nos sume en la angustia de no sentirnos capaces.

Cuando experimentemos la desolación por el menguado fruto de nuestro apostolado, haremos bien en recuperar la convicción de que es el Señor quien hace que la semilla crezca mientras el labrador duerme (Mc 4, 26-29), y que «el cielo nuevo y la tierra nueva», que contempló el vidente del Apocalipsis, como recuerda la segunda lectura, esa «nueva Jerusalén» que desciende del cielo, hermosa como una novia que va a desposarse con Jesucristo, es obra de la amorosa compasión que el Señor tiene hacia sus hijos, que tantas veces sufrimos en silencio y nos mantenemos fieles a Él en un mundo al que la fe le parece inútil.

Por esto son tan consoladoras las últimas frases del Apocalipsis que hoy hemos escuchado: «Dios estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado». Esperamos, pues, un



nuevo orden de cosas, que es obra del Señor, que todo lo hace nuevo. A nosotros nos corresponde mantener despierta la esperanza y avivada la fe hasta que Él intervenga.

El evangelio vuelve a constatar que ésta misma fue la convicción de Jesús. En los momentos dramáticos de la Cena de despedida, cuando Judas ya se había ido para culminar su traición, Jesús dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él». Puede parecer contradictorio que ahora, cuando el fracaso de Jesús es inevitable, sea el tiempo de su glorificación.

¡Qué distinta es la “hora” de Dios y la de los hombres! La “hora” de Dios es la del amor y la entrega “hasta el extremo”. Así lo manifiesta el testamento de Jesús: «que os améis unos a otros como yo os he amado». Jesús no habla de un amor cualquiera: no habla sólo de ser simpáticos o de tener aprecio a los otros, no habla sólo de apuntarse a un gesto solidario; habla de amarnos como Él nos ama, con una entrega y dedicación que llega “hasta el extremo”. Sólo lograremos amar de esta manera, si percibimos que Dios nos ama hasta el extremo de entregarnos a su propio Hijo, y si le pedimos que nos ayude a imitarle.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Pidamos al Padre de los cielos por todas nuestras necesidades, especialmente lo que más nos haga falta para caminar en su luz: *Te rogamos, óyenos.*

1.- Por la Santa Iglesia: para que como Madre salga siempre al encuentro de cuantos buscan la Verdad, que es Cristo nuestro Señor, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**



2.- Por los Pastores de la Iglesia, encargados por el mismo Señor de apacentar a su pueblo: para que con abnegada solicitud cuiden de propagar la fe y de hacer crecer la unión y la caridad entre todos, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**

3.- Por los frutos de la pascua: para que sea fecundo medio de conversión y de crecimiento en la fe, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**

4.- Para que los llamados a la vida sacerdotal sean siempre fieles y respondiendo con generosidad sigan alimentando el pueblo de Dios con la Palabra y la Eucaristía, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**

5.- Por todos nosotros: para que aumente nuestra fe, se afiance la esperanza y todas nuestras obras sean hechas desde la caridad, roguemos al Señor: **R/ Roguemos al Señor.**

Recibe, oh Padre, las suplicas humildes que te presentamos, y haz que como María Virgen sepamos ser siempre fieles a tu voluntad. Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL Oración por las vocaciones

La Virgen María, humilde sierva del Señor, nos acompañe y nos enseñe cada día más a vivir como hijos de Dios sintiendo nuestra vida renovada por el sacramento del bautismo que hemos recibido.



Decimos juntos, colocándonos bajo el amparo de nuestra madre celestial: **Dios te salve, María, llena eres de gracia...**

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.